

**NICK
Y EL
DONCEL**

CATEGORÍA: 11-14 años

PSEUDÓNIMO: Bobby

Me hubiese gustado ir de vacaciones al parque de atracciones, a la playa o incluso a un balneario. A cualquier sitio. A cualquier sitio menos a Sigüenza.

Si llego a saber que pasaríamos las vacaciones en Sigüenza hubiese preferido quedarme en Madrid. ¿Qué tiene Sigüenza que me pueda gustar a mí? Una catedral que construyeron la gente incivilizada (el obispo Bernardo de Agén según mamá) , un parador en el que estamos alojados que no tiene ni piscina ni sala de juegos y un parque llamado "Alameda". El parque es para niños pequeños y yo ya tengo nueve años.

-¡Qué aburrimiento!- grité yo, dándole un puñetazo a una almohada.

-Nick, la catedral es preciosa .Además, te vendría muy bien aprender un poco de historia- dijo mamá, cojiéndome de la muñeca y conteniéndose para no darme una colleja. Podía ver la furia en sus grandes ojos verdes, y eso significa peligro. Debería callarme y no enfadarla más.

-Hijo, hagamos lo que hagamos, siempre te quejas.- dijo papá, abrochándose los cordones de los zapatos.- Si no quieres pasarte todo el verano castigado sin tu consola, no enfades más a tu madre.

Tuve que callarme y no quejarme más. No me imaginaba un verano entero sin mi adorada consola. Me sacaron casi a empujones de la habitación del parador y papá nos guió ayudado de un mapa por unas calles estrechitas hasta llegar a la catedral. Genial; nos íbamos a tragar una visita guiada de una hora por la catedral. No sé cómo le pueden gustar estas cosas a mamá, que ella sea profesora de historia no es mi culpa. Menos mal que no se me olvidó coger un rotulador negro; cuando mamá y papá estén distraídos escuchando ese rollo de visita guiada, cojo mi rotu y pintorrojeo las paredes o alguna escultura para divertirme. Tengo que procurar que no me vea nadie, un día mamá me pilló pintando en las paredes del instituto en el que ella trabaja y me llevé el tortazo más doloroso de toda mi vida. Esta vez seguro que no me pillan.

Entramos en la catedral y comienza la visita guiada. Aguanté unos diez minutos fingiendo que presto atención al guía (me deberían dar un premio por ello). Busqué el mejor momento para escabullirme sin que se dieran cuenta. Encontré una salita hecha de mármol con varias esculturas humanas. Leí en un letrero que esa sala se llamaba "la Capilla del Doncel". Asegurándome de que nadie me observaba me colé en esa sala evitando los barrotes que la protegían. Destapé mi rotulador. Manos a la obra. Me acerqué a una escultura de un hombre vestido con armadura, tumbado de lado leyendo un libro. Dispuesto a dibujarle un bigote, toqué el mármol con mi rotulador. En ese preciso momento me dio un mareo terrible que hizo que me callera al suelo, inconsciente .

Me desperté. La catedral estaba fría y algo oscura. Allí no había nadie, solo yo. Tampoco estaba mi rotulador.

-¡Mamá!- Grité con todas mis fuerzas. Mi voz hizo eco en el silencio. Intenté salir de allí, pero los barrotes eran muy fuertes y no me permitieron salir. Estaba atrapado en la capilla del Doncel. Volví a gritar, pero tampoco hubo respuesta.

-No hay nadie más.- dijo una voz masculina a mis espaldas.- Estamos solos tú y yo.

Noté que me temblaban las rodillas. Tenía miedo. Me giré, allí no había nadie; entonces, noté algo raro: la escultura del hombre armado, esa misma a la que había intentado dibujar un bigote antes de haberme desmallado estaba de pie a unos metros de mí, y me miraba con un aire serio.

-¿Por qué no me respetas?- me preguntó la estatua parlante. Volví a gritar, olvidándome por un instante de que allí no había nadie que pudiese ayudarme. Solo estábamos la estatua parlante y yo.

-¿Quién eres? ¿Por qué me hablas? ¡Las estatuas no hablan!- dije, con un miedo inimaginable que se me notaba en la voz. Estaba histérico.

-No temas, Nick, no te haré daño. Aunque mi cuerpo haya muerto, mi alma sigue viva. Las esculturas y la historia pueden resultarte aburridas, pero esconden grandes secretos que te sorprenderían. Te voy a contar mi historia.

El miedo desapareció. No sé cómo, pero el Doncel sabía mi nombre y quería contarme su historia. Se me hizo un nudo en la garganta y no tenía casi aliento para preguntar todo lo que me venía a la cabeza. Me senté frente a él y le miré a los ojos esperando la historia que me quería contar.

De repente empecé a flotar. Volé y volé entre lo que parecían nubes hasta llegar a un claro donde se veía una batalla. Españoles luchaban contra musulmanes por el dominio de la Península Ibérica. Yo estaba en medio. Un brillo plateado me cegó: una espada se dirigía hacia mí. Me quedé de piedra. Rápidamente, el Doncel puso su escudo sobre mí, salvando mi vida. Entonces extendió su mano y me sacó de allí.

La batalla parecía perdida, pero, no sé como, el Doncel gritó mientras levantaba su espada y se dirigía valerosamente al centro de la batalla.

Los musulmanes se retiraron, y busqué entre las víctimas hasta encontrar al Doncel. Yacía en el suelo moribundo. Al verme, se incorporó y me entregó un libro.

-Por favor, que me recuerden así.

Se me hizo un nudo en el corazón. Llevaba mucho tiempo despreciando las imágenes sin saber su historia. Y le debía la vida al Doncel.

-He sido un idiota- reconocí- prometo cambiar.

Comencé a marearme de nuevo.

Desperté, de nuevo en la capilla. Esta vez la catedral estaba luminosa como al principio y se oía el murmullo de la gente. El Doncel estaba de nuevo inmóvil, , vestido con su armadura. En mis manos estaba el libro que él me había entregado antes de morir. Lo puse en sus manos.

Ahora, todo estaba en su sitio.

¿Había sido todo un sueño? O quizá no. Los barrotes de la entrada ya no eran un obstáculo que me impedía salir de la capilla.

Entonces vi al grupo, estaban tan solo a unos pasos, parecía que no se habían dado cuenta de mi ausencia. Quizás lo que para mi habían sido horas, en realidad solo habían sido segundos. Me uní al grupo y escuche atentamente todo lo que nos contó el guía.

Cuando la visita a la catedral terminó, mi madre me dio un beso y mirándome sorprendida me dijo:

-Estoy orgullosa de ti, te has portado muy bien.

-¿Queréis unos helados?- preguntó papá alegremente

Aún recuerdo aquella tarde en la Alameda sentados en el chiringuito entre sol y sombra.

Ese día aprendí a valorar las cosas, el arte y la historia.

Descubrí que la historia era mucho más interesante de lo que pensaba, y, con el paso del tiempo acabé viviendo de ella. Ahora soy profesor de historia, como mi madre.

Nunca olvidaré el día en el que el pasado me habló.